

**VII. LAS RIQUEZAS DE LA GRACIA EN UNA NUEVA VIDA.** (Cuarta parte)

**La gracia establece la diferencia entre la Luz y las Tinieblas. V. 3-14** (Segunda parte)

Lectura: Efesios 4:17 – 5:20

Por *Julio César Benítez*

[juliobenitez@caractercristiano.org](mailto:juliobenitez@caractercristiano.org)

*Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo.* V. 14. El propósito de La iglesia al exponer la luz del evangelio no tiene otro fin sino el rescatar a los perdidos. Primero viene el dolor y luego el consuelo. Los incrédulos rechazarán con odio, por un momento, a la iglesia por haberles condenado a causa de sus pecados, pero, si se exponen a la luz del evangelio, sentirán vergüenza profunda por sus maldades y acudirán presurosos buscando el favor divino. Así como el carcelero cuando fue expuesto a la luz por el testimonio de vida de los apóstoles, y no tuvo mas que hacer sino clamar “¿Qué debo hacer para ser salvo? (Hech. 16:30)”. El mensaje del Evangelio, proclamado por la Iglesia, empieza denunciando el pecado, pero termina llamando al arrepentimiento: *Despiértate tú que duermes y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo.* El testimonio de las Escrituras coincide con las instrucciones de Pablo. Juan el Bautista fue el encargado por Dios para preparar el camino del Señor, es decir, su ministerio prepararía los corazones de las personas para que recibieran al Salvador. Pero ¿cuál fue la predicación de Juan? Denunció el pecado de las gentes. “Arrepentíos porque el reino de los cielos se ha acercado” Mat. 3:2. ¿De qué tenían que arrepentirse estos hombres? De seguro que Juan les expuso sus pecados. Sin la exposición de la luz verdadera el hombre no puede ver sus propios pecados, de los cuales tendrá que arrepentirse. Sin esta exposición no podrá haber arrepentimiento verdadero. Una predicación del evangelio que no empieza con la denuncia del pecado, producirá adeptos al cristianismo sin arrepentimiento, lo cual es absurdo y conduce al infierno. Hoy día, en medio de una sociedad pluralista y relativista, las Iglesias han adaptado la predicación del Evangelio a los conceptos e ideas que el mundo considera como resultado de una civilización

desarrollada. Es decir, no es necesario hacer notar los pecados de los demás para traerlos a Cristo, mas bien hablemos del amor de Dios y de lo importante que son ellos para el Señor; atraigámoslos a la Iglesia, primero con palabras dulces y, si es posible, adaptando nuestro modo de hablar, predicar, vestir y celebrar el culto cristiano, conforme a las prácticas que ellos tienen, así no tendrán que pasar por el trauma que implica las enormes diferencias entre el mundo y la Iglesia de Cristo. Aunque esto ha sonado bien a los oídos de muchos pastores y predicadores, porque produce “resultados” inmediatos y los templos se llenan de personas, realmente no encuentra apoyo alguno en las Escrituras. Ya en los análisis de pasajes anteriores hemos visto como la Iglesia es llamada a denunciar los pecados del mundo incrédulo, a través la predicación del Evangelio y el testimonio de una vida santa, pero encontramos este principio una y otra vez en todas las Escrituras. En el Antiguo Testamento Dios advierte al pueblo para que no escuchen a los profetas que solo les hablan palabras dulces de prosperidad, paz y bendición (Jer. 23:9-40; Lm. 2:14:). Mas bien deben oír con atención a los profetas que les denuncian sus pecados y les invitan al arrepentimiento (Neh. 9:26; Jer. 5:30). El consejo divino exhorta para que busquemos las agudas palabras del que hiere nuestro orgullo y no amemos las lisonjas del que habla con agrado a nuestro oído. El primer predicador del Nuevo Testamento empieza su anuncio del evangelio denunciando los pecados del pueblo (Mat. 3:1-3, 7) y luego les llama al arrepentimiento sincero (Mat. 3:8) presentándoles al Salvador (Mat. 3:11). Jesús mismo siempre estuvo manifestando los pecados de sus oyentes con el fin de producir en ellos arrepentimiento que les conduzca a la salvación. Incluso, muchas veces, empezó la presentación de Su evangelio de una manera que cualquier predicador moderno consideraría poco apropiado para ganar adeptos (Jn. 3:10; 4:17-18). La primera predicación apostólica, en Pentecostés, inició denunciando los pecados de sus oyentes (Hechos 2:23), para luego traerlos al evangelio salvador de Jesucristo (Hechos 2:33-36), el resultado fue un arrepentimiento genuino de los pecados que habían cometido (Hechos 2:37-38). ¿Es esto lo que estamos viendo hoy en la Iglesia después de la predicación? ¿O, tal vez encontramos que todos salen contentos y alegres por que el predicador les habló de lo especiales que son ellos para Dios, de las bendiciones y riquezas que pueden esperar (tal

como predicaban los falsos profetas en el A.T.), sin que sea necesaria una exposición a la luz santificadora de la Palabra de Dios? Antes de la risa debe venir el llanto, el dolor antes del consuelo, lo amargo antes de lo dulce. Este es un principio espiritual muy claro en todas las Escrituras. El profeta Isaías no pudo ser vocero eficaz de la predicación profética sin antes haber sido confrontado con la luz de la santidad divina, después de lo cual exclamó con profundo dolor y desespero “Ay de mí que soy muerto” (Is. 6), solo en ese momento pudo ver lo terrible que eran sus pecados (a los cuales, en un principio, veía como pequeños e insignificantes) y acudió al favor divino recibiendo la dicha del perdón. Las cartas apostólicas están llenas de predicación y exhortación para que los hombres abandonen sus pecados y se vuelvan arrepentidos a Dios. Un evangelio que antes de presentar las buenas nuevas de salvación no ha expuesto a sus oyentes a lo odioso de sus pecados, no producirá verdadera conversión, serán palabras dulces a los oídos de una generación ávida de escuchar lo que agrada y adule sus engordados corazones a causa del pecado y el egocentrismo. Por el otro lado, sería desastroso que la Iglesia denunciara los pecados del mundo pero no hiciera un llamamiento al arrepentimiento y la conversión. Es un desastre porque no estaríamos cumpliendo con todo el propósito de Dios, el cual no solo quiere que declaremos el pecado del mundo, sino que busca la conversión de los impíos (Dt. 30:2; 1 Rey. 8:47; 2 Cr. 6:24; 7:14; 51:13; 90:3; Jer. 15:9; 18:8,11; Ez. 14:6). Denunciamos los pecados para que los incrédulos vengan a la luz de Cristo, se aparten de sus vicios y anden en vida nueva. Toda predicación cristiana debe presentar el amor de Dios expresado vívidamente en el sacrificio de Cristo. Es nuestro deber anunciar que Dios está reconciliando consigo al hombre pecador si acude al sacrificio de Cristo para su perdón. La Iglesia ha recibido la autoridad del Salvador para que abra las puertas de los cielos (la salvación) a los hombres pecadores (Mt. 16:19), mediante la predicación de la gracia divina que ofrece vida nueva. Pero no solo los incrédulos necesitan una exposición de la luz para que vean sus pecados, los creyentes también requerimos estar expuestos a este resplandor, pues, cada día somos llamados a santificarnos, pero no podremos despojarnos del pecado a menos que seamos capaces de reconocerlo. Toda predicación, aunque sea dirigida a creyentes, debe denunciar el pecado e invitar al arrepentimiento y la

conversión. Para ingresar al reino de la luz es necesario un arrepentimiento genuino que es resultado de oír el evangelio, pero, después de la conversión para salvación, el creyente debe seguir creciendo en un arrepentimiento por los pecados que aún arrastra como resultado de la presencia de la naturaleza pecaminosa (1 Juan 1:8-10).

*Mirad, pues, con diligencia<sup>1</sup> cómo andéis, no como necios<sup>2</sup> sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos<sup>3</sup>.* V. 15-16. La vida cristiana no consiste solamente en profesar una fe o creencia. A través de la fe entramos a este reino de luz, y por ella nos mantenemos firmes sin fluctuar. Pero es necesario ir más allá de la creencia racional. Esta nueva fe nos conduce a un andar diario conforme a los principios y delineamientos que requieren la nueva vida. Es decir, si nos quedamos solamente en la creencia pero esta no afecta la conducta diaria entonces hemos creído en vano y nuestra fe es muerta (Stg. 2:14-26). En esta epístola donde el apóstol expresa con gran profundidad las insondables riquezas de la gracia divina que ha obrado para rescatar a los pecadores de la condenación eterna, es donde se ha insistido en andar o caminar en vida nueva, produciendo frutos dignos de nuestro elevado llamamiento celestial. Es por eso que debemos ser diligentes en revisar nuestro comportamiento diario, pues, debemos rechazar la vieja naturaleza amando lo que es agradable a nuestro Señor. *No como necios sino como sabios.* El necio es aquel que invierte el valor o importancia de las cosas. Andar como necios consiste en dedicar el tiempo a lo que es superfluo, sin valor y carente de provecho eterno. Esto es lo que hacen los incrédulos. Su tiempo lo gastan en cosas frívolas, en obras que no conllevan a ningún bien. Su entendimiento está entorpecido y es ciego en asuntos de real valor. Contrario al necio está el sabio, el cual tiene su mente espiritual lucida y puede ver las cosas según su real proporción. El sabio no malgasta el tiempo en lo que no tiene

---

<sup>1</sup> Es decir, tengan mucho cuidado como andan.

<sup>2</sup> La palabra griega usada por pablo para necio (α[σ]οφοί) indica lo contrario del sabio. El necio o la necedad es definida en Ecl. 7:25 e Is. 32:6.

<sup>3</sup> "... redimiendo el tiempo, porque los días son malos", es decir, porque son malvadas las cosas que se hacen en estos días. Dicc. De figuras de dicción. Bullinger. CLIE. Pág. 517.

valor eterno sino que *aprovecha bien el tiempo*. De acuerdo al contexto de lo que Pablo viene tratando, aprovechar bien el tiempo está relacionado con invertir todos nuestros recursos y energía para hacer el bien, resplandeciendo con la luz del evangelio para que los incrédulos sean traídos a la salvación. El creyente no malgastará su tiempo hablando cosas triviales sino que, conociendo el tiempo en el que nos encontramos, se dedicará a hacer solamente lo provechoso. *Porque los días son malos*. El tiempo en que vivió el apóstol era muy malo porque las gentes se habían entregado a toda clase de vicios y pecados, pero el siglo XXI también se caracteriza por las malas obras en nuestra sociedad. Nuestros días son malos y perversos. El mal sigue creciendo y los pecados siguen legalizándose en medio de una generación egolátrica. La conciencia de los incrédulos cada día se endurece. Pecados que anteriormente eran groseros y mal vistos por la sociedad ahora han entrado como señores y son apetecidos gracias a la buena publicidad que les dan los medios de comunicación. Verdaderamente nuestros días son muy malos, pero en medio de la más negra oscuridad la luz brilla con más fulgor, esa luz que Cristo ha resplandecido en nosotros. Aprovechemos estos días oscuros para resplandecer con las buenas obras que Cristo nos preparó de antemano e impactemos con el Evangelio a esta generación vacía de todo bien, ciega por sus placeres, egocéntricos y carentes de todo norte.

***Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor.*** V. 17. Nuevamente se reitera la necesidad de abandonar toda clase de necedad, o insensatez. Siendo que la maldad de los hombres abunda cada vez con mayor fuerza, los hijos de la luz debemos aprovechar el tiempo para conocer cuál es la voluntad de nuestro Salvador. El mundo y sus pecados tratarán de arrastrarnos detrás de sus necesidades, pero, siendo que nosotros tenemos la sabiduría de Cristo, no solo evitamos caminar en el mal, sino que hacemos todo esfuerzo por entender la voluntad de Jesucristo, sus mandamientos, sus principios, sus normas. La Palabra de Cristo debe morar abundantemente en nuestros corazones de tal manera que podamos conocer su voluntad frente a los necios argumentos del mundo. Todos los tiempos han sido peligrosos porque la maldad del hombre ha abundado, pero nuestro siglo conlleva peligros mayores por que los movimientos secularistas están invadiendo con gran fuerza toda la sociedad humana, las ideas gnósticas y

paganas se han levantado bajo el vestido de la religiosidad ecuménica y relativista, el homosexualismo, lesbianismo, aborto y divorcio ya no se miran como pecados sino que pueden opciones de todo ser libre, el movimiento feminista ha abierto las puertas para que el orden establecido por Dios del hombre como cabeza en el hogar y la Iglesia se derrumbe para dar paso a una sociedad mas “equitativa”. Todos estos movimientos tienen grandes defensores y se esfuerzan porque todos los hombres se identifiquen con estos principios. Ha sido tan férrea la promoción de estos pecados que las Iglesias han aceptado algunos de sus postulados. Hoy día encontramos Iglesias donde defienden la causa de los homosexuales y lesbianas, otras donde el divorcio está a la orden del día, otras donde el aborto es visto como una opción para “salir del problema”, otras donde practican el yoga para aliviarse de los problemas emocionales, otras donde las ideas paganas de adoración están siendo utilizadas para el culto a Dios, en fin, tenemos un descuido muy serio en el conocer la Voluntad de Cristo, y, como consecuencia de este desconocimiento, las tinieblas han ingresado al reino de la Luz.

*No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución<sup>4</sup>; antes bien sed llenos del Espíritu<sup>5</sup>.* V. 18. La insensatez es muy parecida al estado mental que resulta de la embriaguez. La ebriedad era uno de los pecados mas comunes que se practicaban en el mundo antiguo, de allí que las Escrituras muchas veces deba condenar esta práctica (1 Cor. 5:11; 6:10; Tit. 2:3; 1 Ti. 3:3). El creyente debe siempre tener una mente lúcida para poder actuar con equidad, cordura y dominio propio frente a los pecados y desenfrenos que el mundo ofrece. Hay una clase de gozo y alegría que es resultado de una excitación mental bajo los efectos del alcohol, el cual es muy apetecido por los incrédulos, pero al final produce tristeza y remordimiento. El verdadero gozo, que permanece y no trae

---

<sup>4</sup> *ajswtiva* significa literalmente “desenfreno”. El sentido original es “incurable” de donde provienen ideas como la disipación, gula, voluptuosidad e indisciplina. En Ef. 5:18 se refiere a una vida desordenada como consecuencia del abuso del alcohol.

<sup>5</sup> “Sed continuamente llenos del Espíritu”; es decir, dejaos controlar constantemente por la operación del Espíritu en vosotros; especialmente, por medio del ministerio de la Palabra, como se ve por Col. 3:16, que es un lugar paralelo. Bullinger. Dicc. De Figuras de dición. CLIE. Pág. 455.

consecuencias negativas con él, es aquel producido por el Espíritu Santo. *Antes bien, sed llenos del Espíritu Santo.* El apóstol contrasta la necedad de la mente humana, en el estado de embriaguez, con la lucidez y verdadera alegría que produce el estar lleno del Espíritu Santo. El Nuevo Testamento insiste en que los siervos del Señor deben ser llenados con el Espíritu (Hech. 11:24). *Parece describir un estado en el que uno está bajo la dirección del Espíritu de Cristo y es impelido a cumplir su voluntad, para lo cual recibe fuerzas especiales. No era una experiencia mística, ni fue considerada como algo excepcional. No fue prerrogativa de algún creyente ni de alguna categoría de cristianos. La condición suprema es la entrega a Cristo, el conocer y hacer la voluntad del Señor. Es un estado que se puede desarrollar y sostener con la oración, con el hacer propia la verdad revelada, con la intimidad con otros creyentes, con el uso de los medios de gracia.”*<sup>6</sup> ¿De qué manera somos llenados con el Espíritu Santo? ¿Cómo es esto de ser llenos? Se que hoy día hay confusión cuando se habla de este tema. Algunos piensan que se trata simplemente de una experiencia extática en la cual el creyente busca, bajo intensa oración, o en concentración especial, o bajo el efecto de una canción suave repetida una y otra vez, el que “algo” baje a él, le sacuda y le produzca efectos emocionales en el cuerpo. Pero las Escrituras no presentan esto como ejemplo de ser llenos del Espíritu ni encontramos mandato alguno que nos indique esa clase de búsqueda. Hay un pasaje paralelo en el cual el apóstol también habla del ser llenos del Espíritu, y es posible que nos de luces para saber cómo se es lleno: *La Palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales.* Colosenses 3:16. En la introducción analizábamos la relación estrecha que existe entre la carta a los Efesios y Colosenses, son epístolas gemelas. Tanto en Efesios 5:18 como en este pasaje de Colosenses Pablo presenta una causa que produce un efecto: Cantar Salmos, himnos y cánticos espirituales. El efecto es llamado en Efesios “Llenos del Espíritu”, y en Colosenses, “La Palabra de Cristo more en abundancia en vosotros”, las dos realidades van de la mano. Jesús dijo que sus palabras son “*espíritu y son vida*”, es por eso que Pablo compara el ser llenos del Espíritu con el abundar de la

---

<sup>6</sup> Erdman, Carlos. Efesios. TELL. Pág. 119.

Palabra de Cristo en el corazón. Cuando el creyente escucha con gran solicitud la Palabra de Dios y ésta es guardada en el corazón para ser obedecida sin reproche alguno, entonces, el Espíritu de Dios podrá controlar todas las esferas de su vida y, este creyente, producirá en abundancia el fruto del Espíritu, en lo cual Dios será agrado puesto que el Padre se goza en que llevemos mucho fruto (Jn. 15:8). Ahora, conocer la Palabra de Dios por sí mismo no podrá garantizarnos la llenura del Espíritu, esto debe ser ahondado en el corazón mediante la oración. Esa comunión íntima con el Padre, que es resultado de haber escuchado su voz, producirá en nosotros un deseo genuino de ser como Él es. La vida cristiana es resultado de la obra del Espíritu Santo. *“Para Pablo, uno no puede ser cristiano sin recibir el Espíritu (Gál. 3:2). Tener el Espíritu de Cristo es pertenecer a Cristo (Ro. 8:9). La vida cristiana es una vida en el Espíritu Santo (Gál. 5:16), y sus características son el resultado de la cautividad del Espíritu dentro del cristiano (Gál. 5:22). Lo que la Ley jamás fue capaz de realizar ahora el Espíritu lo realiza desde dentro (Ro. 8:1-4). El Espíritu Santo lleva al cristiano a emprender una lucha contra “la carne”, la naturaleza pecaminosa. Es el Espíritu que capacita al cristiano a matar la carne. Si no lo hace así “contristará” al Espíritu (Ef. 4:30).”*<sup>7</sup> Con el fin de evitar confusiones respecto a lo que Pablo llama “Llenos del Espíritu” es necesario analizar otros pasajes en los cuales se habla de este tema. Lucas 1:15 presenta un caso excepcional de llenura del Espíritu, puesto que Juan el Bautista lo fue desde el vientre de la madre. Es un caso excepcional porque para ser llenos del Espíritu es necesaria la fe en Dios (Gal. 3:15). Elizabeth presenta un caso muy típico en el Antiguo Testamento (Luc. 1:41), el Espíritu de Dios le llenó, es decir, le capacitó para pronunciar palabras conforme a su propósito santo. Su corazón fue llenado de gozo por saber que el Salvador nacería de María. También Zacarías, el padre de Juan el Bautista, se constituye en otro caso común en el Antiguo Testamento. Siendo Sumo Sacerdote su corazón fue inundado del gozo divino y pudo exclamar, conforme a las Escrituras, una alabanza y exaltación de la misericordia divina por enviar al Salvador de la humanidad. (Lucas 1:67). Estos casos corresponden a una forma particular como el Espíritu obraba en el Antiguo Testamento. Se hablaba de su llenura en casos particulares cuando capacitaba a

---

<sup>7</sup> Harrison, Diccionario de Teología. Libros Desafío. Página 231.



algunas personas para una función especial: Sacerdotes, profetas, reyes, personas con habilidad para trabajos manuales o artesanales, algunos músicos o poetas. Aunque esto no nos debe llevar a pensar que los santos del Antiguo Testamento no gozaron de la presencia del Espíritu en sus corazones, pues esto sería absurdo. Solamente el Espíritu pudo convencerlos de su pecado (Juan 16:8), y la necesidad que tenían de Dios como Su Salvador. Todos los hombres, después de Adán nacieron corrompidos por el pecado (Sal. 51:5). Solamente la presencia del Espíritu en los corazones de los hombres, de todos los tiempos, puede garantizar que se conduzcan en una vida de obediencia a los mandamientos del Señor. Pero los creyentes en el Nuevo Testamento no solo reciben la presencia del Espíritu desde el momento que los convence de pecado, sino que luego los bautiza al cuerpo de Cristo (1 Cor. 12:13), y mora abundantemente en ellos dándoles dones para que sirvan en la edificación de la Iglesia (1 Co. 12:7, 11). En el libro de los Hechos también encontramos varios episodios en los cuales se nos habla de los creyentes siendo llenados por el Espíritu. El día de Pentecostés los primeros cristianos fueron llenados por el Espíritu Santo en una forma sobrenatural y espectacular (Hechos 2:1-4), esto tenía un propósito especial de confirmar ante los judíos que se había cumplido la profecía y ahora la salvación sería ofrecida para todos, ahora el Espíritu que da vida correría como manantiales en el desierto dando verdor espiritual a los corazones que antes solo producían arena, sequedad y muerte (Zac. 13:1; Is. 35:6,7; 41:18; 43:19; Jn. 7:38) . Pentecostés, así como la crucifixión y resurrección de Cristo, fue un hecho único del cual toda la Iglesia sigue beneficiándose a través de la Iglesia. No encontramos ningún mandamiento bíblico que nos ordene o incite a buscar un nuevo Pentecostés. Esto fue un hecho único que anunció al mundo entero la venida de la plenitud de la gracia, la cual sería extendida a todas las generaciones, a todas las naciones, lenguas y pueblos. La llenura del Espíritu en Pentecostés, y otros episodios cercanos, estuvo marcada por la facultad de hablar en otras lenguas, lo cual pregonaba al mundo que ahora el Espíritu no solo hablaría a los judíos (Hebreo), sino que todos los pueblos del mundo podrían escuchar las buenas nuevas de salvación en sus propios idiomas. La primera Iglesia en Jerusalén buscó hombres para el servicio material a los pobres, pero estos debían estar llenos del Espíritu, es decir, debían

expresar en su vida el fruto que solo es resultado de su gloriosa presencia. (Compare Hechos 6:3 con Gálatas 5:16-24). Luego de Pentecostés y los días siguientes al inicio de la Iglesia Cristiana, ya no era necesario un acto especial sobrenatural para que los creyentes fueran llenados del Espíritu. Ahora, por la fe, sabemos que el Espíritu nos llena desde el día que profesamos fe en Cristo, y que esta llenura debe ser buscada, anhelada y deseada mediante los medios de gracia que Dios ha establecido: La predicación y estudio de la Palabra, la oración, la comunión con los santos y la obediencia a los mandatos de Cristo. La llenura del Espíritu es manifestada, no por actos portentosos, sino por el fruto del Espíritu que es la expresión del carácter de Cristo.

***Hablando entre vosotros con salmos<sup>8</sup>, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones.*** V. 19. La abundancia de la Palabra de Dios en el corazón del creyente, obrando para una santificación constante por el poder del Espíritu, conduce necesariamente a un estado de gozo y alegría en el cual se busca siempre glorificar al Salvador que nos rescató de la vana manera de vivir, descrita anteriormente. Ahora no buscamos que el gozo llegue por medios mundanos como un estado de ebriedad, fiestas u otros elementos externos a nosotros, sino que la verdadera alegría es producida por la presencia del Espíritu en nuestros corazones, quien, a través de la Palabra, nos lleva a conocer las perfecciones de Dios en las cuales nos deleitamos. El resultado es que nuestras conversaciones estarán saturadas de Salmos, Himnos y Cánticos espirituales. El incrédulo, como consecuencia de su ebriedad espiritual por el pecado, entona cánticos obscenos y

---

<sup>8</sup> Los *salmos, himnos y cánticos espirituales* son utilizados como sinónimos. Los salmos (gr. *Psalmós*) viene del verbo *psalló* que significa tañer las cuerdas de un instrumento, llamado por eso *salterio*. De modo que se aplicó primero al instrumento y después, al cántico que era acompañado por el tañido del salterio. En Efesios 5:18 significa “los salmos cantados en el Antiguo Testamento”. El término *himnos* (gr. *Hýmnos*) en sus inicios era un cántico pagano en alabanza de algún dios o de algún héroe. Los cristianos llegaron a utilizarlo como un canto de alabanza, mientras que los Salmos servían para conmemorar las bendiciones y gracias impartidas por Dios. Solo hasta el siglo IV las iglesias aceptaron el uso de himnos, continuando la práctica arraigada de cantar Salmos. Este término sale pocas veces en el Nuevo Testamento. En los evangelios (*hymnéo*) se refiere a los salmos cantados en la celebración de la pascua (Mt. 26:30; Mr. 14:26). El término *odé* utilizado para cánticos también hace referencia a los salmos llevando el prefijo *pneumatiké* (espiritual), implicando así que eran compuestos por personas espirituales y que solamente se usan en las cosas que pertenecen al Espíritu de Dios. Bullinger. Dicc. De figuras de dicción. CLIE. Pág. 282-283.

vulgares, su lenguaje diario es una ofensa para la santidad de Dios. El creyente ahora tiene un cántico nuevo (Col. 3:16; Ap. 5:9; 14:3) porque ha sido convertido en una fuente de agua dulce. *Los Salmos* hacen referencia al salterio del Antiguo Testamento, el cual ha sido utilizado por el pueblo judío para proclamar las grandezas de Dios. La iglesia cristiana también se ha valido de estos salmos para entonar adoración al Creador, ya sea en el culto público o en la devoción privada. Incluso, las Iglesias reformadas se caracterizaron por cantar Salmos en los cultos, solo varios años después empezaron a utilizar himnos en la liturgia. *Los himnos* son alabanzas dadas a Dios y a Jesús en la Iglesia. Aunque también hacen referencia a ciertos salmos entonados en ceremonias especiales del pueblo judío. Los himnos no fueron usados tempranamente en la Iglesia Cristiana, muchos se oponían a ellos debido a que las religiones paganas usaban himnos para entonar alabanzas a sus dioses. Después de la reforma evangélica en el siglo XXI se necesitó algún tiempo para que las Iglesias entonaran himnos en sus cultos. El metodismo fue uno de los movimientos evangélicos que mas impulsó la composición de himnos a través de los hermanos Wesley. Luego las Iglesias Evangélicas adoptaron numerosos himnos en sus liturgias. Se caracterizan por su solemnidad, pero especialmente por sus letras cargadas de alabanzas a Dios y grandes enseñanzas doctrinales. Lastimosamente la mayoría de los nuevos evangélicos latinoamericanos desconocen la riqueza musical que la Iglesia ha creado a través de los siglos y desconoce los himnos que han sido entonados por los santos durante muchos siglos, para cambiarlos por estribillos que se repiten una y otra vez prestándose esto para la vana repetición. *Los cánticos espirituales* están relacionados con algunos salmos, pero es posible que se refiere a canciones que tratan temas espirituales compuestos por creyentes de la Iglesia primitiva. Pablo no está dando instrucciones para la liturgia en la Iglesia, mas bien está resaltando como debe ser nuestra conversación diaria, cargada de alabanzas al Señor. Los creyentes, en los cuales abunda la Palabra de Dios, pueden dar exclamaciones de gratitud al Señor en su andar diario, lo cual es como un cántico espiritual. *Cantando y alabando al Señor en vuestros corazones*. Ya sea que entonemos salmos, himnos o cánticos espirituales, estos deben proceder de un corazón que alaba a Dios.

Ninguna alabanza tendrá sentido si, antes de ser pronunciada por nuestros labios, no ha salido de un corazón agradecido.

*Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.* V. 20. Tal debe ser nuestra actitud de agradecimiento para con Dios, que por todo debemos dar gracias. Es probable que Pablo también esté pensando en las situaciones difíciles, pero, por el contexto, está enfatizando el dar gracias por las riquezas de su misericordia y gracia para con nosotros. Es difícil alabar al Señor con un corazón sincero si antes no hemos conocido quién es Él. Solamente cuando la mente ha conocido y comprendido las hermosas perfecciones de nuestro Dios, el corazón será henchido de amor y elevará un cántico de acción de gracias que muy pronto brotará por nuestros labios. Solamente cuando la Palabra ha sido predicada con fidelidad y ha mostrado nuestra bajeza y nos ha conducido a la misericordia divina, podremos alabar al Creador en espíritu y en verdad (Jn. 4:23-24).